

UNAI ELORRIAGA

# El pelo de Van't Hoff

Traducción:  
UNAI ELORRIAGA



## ÍNDICE

1. Lulabi.....	9
2. Tsaw latsaw.....	30
3. Vredaman.....	47
4. Talvez uma.....	66
5. Ques.....	80
6. Basturk.....	96
7. Qaw laqaw.....	102
8. Meilhac.....	106
9. Colgo e volo.....	112
10. Derrida.....	119
11. Fausto Maderno.....	122
12. Kotka Gandarias.....	132
13. Suena.....	140
14. Zersham.....	143
15. ....	146
16. Mirinola.....	147
17. Lothar Kiel Plank.....	150
18. Dorum kostras.....	152
19. Santiniketan.....	156

## Lulabi

El tren olía a bolígrafo. Y Matías acababa de escuchar esta conversación en el andén, justo antes de entrar al tren:

—Por favor, voy a Lerton. Mi tren, por favor —una mujer anaranjada.

—Como no vaya usted a un helipuerto —el jefe de estación.

—¿Cómo?

—No hay trenes. A Lerton quiero decir. No hay estación. Quiero decir que no hay estación en Lerton. Claro —el jefe de estación.

—¿Y cómo lo sabe usted?

—Por intuición.

—¿Y en autobús, podría ir?

—Sí, en autobús sí. Si compra usted un autobús.

Eran pesadas las maletas de Matías, y llevaba una en la mano derecha y la otra en la izquierda. Llevaba también las ganas de ir al baño, exactamente detrás de la cremallera del pantalón; también eso llevaba, exactamente en la mitad de los dos bolsillos delanteros. Y también eran pesadas esas ganas.

Avanzaba de costado por el pasillo del tren, la maleta de la derecha delante y la de la izquierda detrás, porque el pasillo era estrecho, y sus muslos gruesos, y las maletas también, sobre todo la de la mano derecha, que era la que llevaba el ordenador y la grabadora. Por eso trataba con más cariño a la maleta de la mano derecha, porque era allí donde había metido el ordenador y la grabadora.

El ordenador lo llevaba envuelto en ropa, envuelto en un jersey azul y envuelto en una bufanda, y había puesto todos sus calzoncillos encima de las teclas, los calzoncillos de algodón, para proteger las teclas y para dar un poco de cariño al ordenador.

Sufría Matías por sus ganas de ir al baño, pero el baño no se puede utilizar con el tren en la estación. Y aunque hubiera podido utilizarlo, no lo habría hecho, porque no paraba de pasar gente por delante de la puerta del baño, mujeres sobre todo. Y si estando Matías en el baño empezaba a pasar gente por el otro lado de la puerta, su cuerpo se desmadraba; se desmadraba principalmente la parte que quedaba detrás de la cremallera del pantalón. Y el cuerpo de Matías le empezaba a tomar el pelo al cerebro de Matías; es decir, el cuerpo de Matías empezaba a no hacer caso a lo que decía su cerebro. Y Matías tenía que salir del baño sin haber hecho nada de lo que quería hacer, porque no dejaba de pasar gente, por delante del baño, muy cerca de la puerta, mujeres sobre todo. Y una de las cosas más tristes del mundo es salir del baño sin haber hecho nada dentro del baño. Sufría mucho con estas cosas. Y se frustraba. Se frustraba durante 3-4 minutos.

Dejó las maletas en la parte de arriba del compartimento; debajo la que llevaba en la mano izquierda y encima la que llevaba en la derecha. Porque era allí donde llevaba el ordenador, la grabadora y el diccionario. Después puso la gabardina sobre ellas. Nadie se atrevería a poner más maletas encima, siendo como son las gabardinas una de las cosas que más intimidan a las personas. Es más, ése fue el único motivo por el que puso la gabardina encima de la maleta de la mano derecha: no quería ninguna clase de peso sobre ella, porque era allí donde había metido la grabadora. Entre otras cosas.

Se sentó y sacó la pelota del bolsillo. Una pelota de goma, transparente, con una serpiente de goma dentro, una serpiente enredada. No era, sin embargo, una serpiente terrorífica, no; era una serpiente sin demasiada sustancia, casi sin seriedad, era una serpiente un poco anarquista. La serpiente. Y la pelota tenía un bote un tanto irregular. No tan irregular como un balón de rugby, pero mucho más incoherente; porque, al fin y al cabo, el bote de un balón de rugby no tiene más remedio que ser irregular, por definición, pero no el de una pelota de goma, que es redonda, como el talón de un calcetín.

Y el bote de la pelota distraía a Matías cuando estaba nervioso o cuando, en alguna situación, se sentía fuera de juego. En un cóctel, por ejemplo, en una fotografía oficial, por ejemplo. Esa era la razón por la que en muchas fotografías –también en las que le hacían para los periódicos– aparecía Matías con una pelota en la mano o, dicho de otra manera, con una serpiente anarquista en la mano.

Y cuando estaba nervioso inventaba juegos con la pelota. También en el tren inventó un juego. Y el juego consistía en tirar la pelota contra el suelo para que, después de botar, diese en un agujero que había en el asiento de enfrente, en la mitad, exactamente. Eso era lo que tenía que hacer. Pero teniendo en cuenta lo abstracto que era aquel agujero, la pelota podía tomar varias direcciones. A saber: izquierda, derecha, arriba, abajo o, dicho de otra manera, norte, sur, noroeste, sudeste y alguna otra. Pero no acababa ahí la cosa. Hasta ahí no dejaba de ser fácil, la cosa. Era a partir de ahí cuando, la cosa, empezaba a tener interés. La pelota tenía entonces que ir hacia la izquierda; si tomaba cualquier otra dirección, todo lo anterior no valía para nada. Es decir, para que el juego avanzase, la pelota tenía que ir hacia la izquierda después de pegar en el agujero abstracto y tenía que chocar contra el cristal de la ventana. Y esa era la esencia del juego: cuanto más altura consiguiese la pelota en el cristal de la ventana, más difícil de superar sería el récord de Matías. Y si alguna vez aquel juego se convertía en deporte olímpico, todo el mundo tendría que tener en cuenta a Matías, y el comentarista de televisión diría, luciéndose, que el origen de aquel juego estaba en un tren y que el récord absoluto lo ostentaba, aún, la misma persona que lo creó. El comentarista de televisión diría «ostentar» y no cualquier otra vulgaridad, por supuesto.

Pero el juego tenía un peligro: la ventana del tren estaba abierta. Matías pensó que si la pelota caía por la ventana, no le quedaría más remedio que bajar del tren, y que sería un poco aburrido tener que buscar por la estación y entre los raffles, pero que sería, al mismo tiempo, inevitable. Y que le daba igual si el tren tenía que salir veintitrés minutos tarde, que las prioridades siempre son prioridades, que hasta un ingeniero podría entender semejante cuestión.